**LA VERDAD RECUPERADA EN LA HUMILDAD DE CRISTO**

Al comenzar el tratado *Sobre los grados de humildad y soberbia*, san Bernardo pone un brillante preludio con un comentario de las palabras de Jesús: *Yo soy el camino, la verdad y la vida* (Jn 14, 16). El camino es la humildad que conduce a la vida, como el trabajo a la cosecha. Se me objetará -dice él- que Cristo no precisó nada al decir que era el camino, sino que habló de manera indeterminada. La respuesta a esta objeción manifiesta el lugar que tiene la persona de Cristo como ejemplo y forma de toda conversión. ¿No ha dicho Jesús con toda claridad: *Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón*? (Mt 11, 29)

*“Si le imitas no andas en tinieblas, sino que tendrás la luz de la vida. ¿Y qué es la luz de la vida sino la verdad, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo y le indica dónde está la vida verdadera?”.*

Se ha dicho con razón que podría sintetizarse toda la enseñanza de san Bernardo con este título: Jesús, sacramento del encuentro con Dios. Pero **el encuentro tiene lugar en lo más bajo**, donde Dios ha querido tomar la condición humana en su realidad más humilde en su miseria, en su verdad. La conversión descrita como tres grados de verdad: la verdad sobre sí mismo (**humildad**), la verdad sobre el otro (**compasión**), y la verdad en sí misma (**contemplación**), es imposible realizarla sin la gracia. Dios buscó a su criatura espiritual y miró desde lo alto de la escala de Jacob, para ver si había alguien que le buscara. A los que ve extraviados lejos de la verdad, Dios les ofrece la ley de la humildad.

Cuando la persona escala los doce grados descritos por san Benito, llega a la caridad, que es la verdad, Cristo. Pero así como la compasión para con el prójimo es la extensión de la verdad para consigo mismo, del mismo modo por su deseo de estar cerca del hombre, Dios quiso participar por experiencia de nuestra condición humana haciéndose hombre. El término “compasión” debe entenderse en san Bernardo en sentido literal: sufrir con. No se trata de “condescendencia”, sino al contrario, tanto en el caso de Dios como del hombre es un testimonio de amor que iguala a quienes se aman. Dios es incapaz de sufrir (*impassibilis*), pero no es incapaz de “sufrir con” (*non incompassibilis*)5. La aparente contradicción se resuelve en el mismo amor que impulsa a Cristo a buscar por amor a la centésima oveja perdida, y nos concede con ello un motivo de gloriarnos de ser buscados de ese modo. El motivo de que Dios haya querido experimentar la condición humana no puede ser otro que el deseo de la verdad total en el amor. *“No debe, pues, parecernos absurdo el que se diga, no que Cristo comenzara a conocer algo que antes ignoraba, sino que conocía de un modo la misericordia (misericordia) desde la eternidad, y la aprendió de otra manera (aliter) en el tiempo por la carne”.*

Este deseo de verdad que lleva a Dios hasta compartir nuestra suerte, infunde a san Bernardo una gran audacia teológica cuando comenta la frase de la carta a los Hebreos: *Aprendió a obedecer por lo que sufrió*

Para el abad de Claraval, la iniciativa divina está destinada ante todo a poder hallarnos cada uno en la verdad, gracias a él. Si Dios se rebajó amorosamente hasta la condición humana, con cuánta mayor razón su criatura debe reconocer humildemente su propia condición, para poder aprender como Dios a sentirse más cerca de la miseria del otro, y encontrar por la caridad el acceso a la contemplación. Cristo es de este modo la forma de nuestra humildad, como lo es de nuestra libertad. Nuestra transformación es tomar conciencia de nuestra propia verdad a la luz de la verdad divina en nosotros.. La proximidad de Dios que viene a nuestro encuentro en Cristo, da a su cristología un carácter de pedagogía divina. Toda ciencia es buena, pero en el nivel del conocimiento se puede distinguir el que contribuye a la transformación de nuestro ser profundo en la perspectiva de nuestro destino, y el que sólo busca adquirir medios de acción en este mundo. El primero es, sin duda, el que debe preferir el cristiano. El conocimiento de sí mismo está íntimamente ligado al conocimiento del Salvador; la humildad se convierte entonces en la condición de toda formación, como **disposición de escucha y de atención fijadas en el Maestro**, el Creador venido a interesarse de cerca por la existencia de su criatura espiritual. Cuando el absoluto es una persona, Alguien presente en mí, el encuentro toma un carácter absoluto, y requiere una adhesión inmediata y sin reserva. Esa es la experiencia primordial a la que el cristiano debe referirse siempre en el curso de su existencia. Después de señalar que cuando el ángel la saludó como llena de gracia, María sólo retiene de esta plenitud la virtud de la humildad, san Bernardo continúa:

*“¿No se glorió él mismo de practicar la humildad, como compendio de sus enseñanzas y de sus virtudes?* ***Aprended de mí*** *-dice- no que soy moderado, casto o prudente o algo semejante, sino* ***que soy manso y humilde de corazón*** *(Mt 11, 29). Aprended de mí, dice. Yo no os remito a la enseñanza de los Patriarcas, ni tampoco a los libros de los Profetas; sino que os propongo a mí como ejemplo, me muestro a vosotros como la forma de la humildad”*

La forma de nuestra vida y la formación que a ella nos lleva no es otra que Cristo en persona. Lo que debéis saber ante todo, nos dice, aprendedlo de mí. Lo que trata aquí es dejar que el alma defienda su causa: “La mentira, Señor, me persuadió. Que venga la verdad y se descubra la falacia, y conoceré la verdad y la verdad me librará (Jn 8, 32). La persuasión en el origen de la mentira causa la pérdida de la simplicidad, que en el pensamiento de san Bernardo se identifica con la verdad. Muestra con toda claridad la mentira radical y la duplicidad universal cuando describe la simplicidad como uno de los rasgos fundamentales de la Imagen.

Lo contrario de la verdad aquí no es el error sino la mentira, la hipocresía y la duplicidad que sufre el espíritu, porque conserva la nostalgia de la simplicidad. De esta mentira, de nuestro ser falseado y falso es de lo que nos libera la verdad de Cristo, afectando nuestro deseo profundo de la verdad y lo simple. Lo mismo que en M. Blondel, la experiencia religiosa alcanza lo trascendente sobre una opción ética continua.

Tal vez extrañe ver cómo san Bernardo coloca la decisión de la voluntad antes que el pensamiento y la reflexión, en el proceso de la conversión. Como los pensadores existenciales, en particular Kierkegaard, sabe que la razón especulativa puede detenerse a contemplar el conjunto de posibilidades (es incluso su misión), sin llegar jamás a la decisión, la única que puede consentir en dejarse salvar. T. Merton anotaba en su Diario,

*“Cuanto más leo a san Bernardo y a los Padres Cistercienses más les amo. Hace tiempo tuve la tentación de no leer nunca más a san Bernardo... Creo que ahora, ocho años después, he comenzado a descubrir su profundidad. Sin duda, porque he comprendido que toda su doctrina, que está muy bien expresada en la Carta 18, es que Dios es la Verdad, que Cristo es la Verdad encarnada, y que para nosotros salvación y santidad significan ser verdaderos ante Dios, ante Cristo y ante nosotros mismos.*

La carta 18, dirigida a un cardenal que se interesaba por los escritos y la doctrina de san Bernardo, es muy explícita sobre la naturaleza de la verdad tal como la concibe san Bernardo. Comienza burlándose de la mentira de los halagos humanos, y pasa después a la mentira más grave de una ciencia disociada de la vida. Opone la verdad de Cristo a la nada y vanidad de toda clase de pensamiento que no le reconozca. Muestra después que esta verdad sólo se alcanza con la compenetración de esos dos brazos que son la fe y el deseo: una fe tendida hacia la visión y un deseo que aspira a Dios, como el ciervo suspira por las fuentes de agua viva. Parece que para san Bernardo **la inteligencia es incapaz de llegar hasta Dios por la extrema simplicidad de la unidad divina, y que lo más fino del espíritu no está capacitado para percibir a Dios que es demasiado simple para él, a no ser que abandone las especulaciones dialécticas. El amor, al contrario, que tiende a unificar y simplificar, puede hacernos conformes a la verdad absoluta, y llevarnos sencillamente a ella por la gracia de la humildad. Porque la humildad, como el amor, promete lo que la lengua humana no puede enseñar, y hace capaz de conseguir lo que no se aprende ¿Por qué? No por sus méritos, sino porque así lo ha dispuesto Dios.** Basta citar una imagen del sermón de san Bernardo en el que evoca a san Benito, para recordar que esta humildad es el fundamento de nuestro crecimiento en la vida de fe:

*“San Benito fue un árbol frondoso y fecundo; un árbol plantado junto a las corrientes de aguas. ¿Por dónde fluían esas aguas?... ¿No veis cómo serpentean los torrentes por los flancos de las montañas y caminan presurosos hacia los humildes valles? Imitémosle, hermanos, pues ha venido únicamente para darnos la forma”.*

Hay una preciosa oración de Thomas Merton también en esta línea:

*Dios, Señor Mío, no tengo idea de adónde voy.*

*No veo el camino delante de mí.*

*No puedo saber con certeza dónde terminará.*

*Tampoco me conozco realmente, y el hecho de pensar que estoy siguiendo tu voluntad no significa que en realidad lo esté haciendo.*

*Pero creo que el deseo de agradarte, de hecho te agrada.*

*Y espero tener ese deseo en todo lo que haga.*

*Espero que nunca haga algo apartado de ese deseo.*

*Y sé que si hago esto me llevarás por el camino correcto, aunque yo no me de cuenta de ello.*

*Por lo tanto, confiaré en ti aunque parezca estar perdido a la sombra de la muerte.*

*No tendré temor porque estás siempre conmigo, y nunca dejarás que enfrente solo mis peligros.*

*Amén*

**La oración en humildad**

            El espíritu de la niñez nos abre al espíritu de la humildad. Y la humildad nos hace entrar en la oración más verdadera.

            La cuarta llave de la oración (siguiendo a Pierre-Marie Delfieux) consiste, efectivamente, en orar humildemente, como un pobre. El mismo Jesús nos instruye en esto con gran elocuencia mediante la parábola del fariseo y el publicano:

*“A todo el que se encumbra lo abajarán y al que se abaja lo encumbrarán”* (Lc 18, 14).

            ¡Qué claro está!

            El problema de la oración queda reducido aquí a una cosa muy sencilla: hay que rechazar toda pretensión, toda autosuficiencia, toda autosatisfacción.

            La oración del justo orgulloso no llega hasta Dios; ella misma es la causa de que no siga adelante.

            Por el contrario, la oración del pobre se hace escuchar por Dios, pues llama con toda la fuerza de su humildad:

*“El Señor escucha la súplica del pobre y le hace justicia inmediatamente”* (Eclo 21, 5).

            La oración humilde es la oración verdadera; la que no se hincha, sino que se achica. La oración de un corazón que se dice pecador, porque de verdad lo es, pero que no tiene miedo de reconocerlo, porque sabe muy bien que Dios está siempre dispuesto a perdonarle.

            Es la oración de aquél o de aquélla que, en lugar de lamentarse o menospreciarse, se tiene en lo que debe tenerse:

*“En virtud de lo que he recibido, aviso a cada uno de vosotros, sea quien sea, que no se tenga en más de lo que hay que tenerse, sino que se tenga en lo que debe tenerse, según la medida de la fe que Dios haya repartido a cada uno”* (Rom 12, 3).

            Así podrá cantar como María, las maravillas que Dios ha hecho en ella o en él, fijándose en su humilde servidor, o en su humilde esclava (cf. Lc 1, 48-49).

            La oración humilde es la oración del pobre que se sabe frágil, inconstante, distraído e incluso literalmente incapaz por sí mismo de orar (cf. Rom 8, 26). Pero esta verdad nos hace libres. Y esta libertad conmueve el corazón de Dios.

*“Dichosos los que eligen ser pobres, porque ésos tienen a Dios por Rey”* (Mt 5, 3).

            Estos piensan, quieren y actúan según el Espíritu de Dios. Y esta pobreza elegida les abre a las riquezas del Reino de Dios.

*“El primer grado de la oración, consiste en rechazar las sugestiones, con un pensamiento o una palabra sencilla y firme... El segundo grado es mantener nuestro pensamiento únicamente en lo que decimos y pensamos... El tercer grado, es el recogimiento del alma en el Señor”* (San Juan Clímaco).

            Nada más humilde y más pobre. Pero el alma rendida así a Dios, abandonada a él, está totalmente habitada por Dios, iluminada, colmada. Puede avanzar en la humildad.

PROPUESTAS DE PREGUNTAS:

1. ¿Tienes experiencia de Dios en “lo más bajo”?
2. ¿Conserva tu espíritu nostalgia de su simplicidad?
3. ¿Es tu opción ética continua?
4. ¿Has tenido experiencia de haber tenido que abandonar las especulaciones dialécticas para encontrar a Dios?
5. ¿De dónde vienen las aguas que te dan forma?
6. ¿Sientes que el Señor te acompaña en tu humilde condición como sintió Merton?